

Discurso pronunciado por el rector, Juan Carlos Henao, al conmemorarse 30 años de la tragedia del Palacio de Justicia. Externado, noviembre de 2015.

Familiares de nuestros profesores inmolados, miembros del Consejo Directivo de la Universidad, comunidad externadista toda entera,

Nos convoca la memoria de nuestros profesores fallecidos hace treinta años en los nefastos hechos de Palacio de Justicia. No hemos dejado ni dejaremos de recordarlos con triste turbación, con dolor profundo, pero al tiempo con la fortaleza personal e institucional que nos permite sobrellevar, más no sobrepasar, el golpe recibido, para poder decirles que perseveramos con el ideario que los llevó a la muerte.

Alfonso Reyes Echandía, Carlos Medellín Forero, Manuel Gaona Cruz, Fabio Calderón Botero y Emiro Sandoval: cinco graduados de nuestra universidad; tres más, compenetrados sin reservas con nuestro espíritu de tolerancia y de apertura: Ricardo Medina Moyano, José Gnecco Correa y Darío Velásquez Gaviria. Todos recorrían cotidianamente nuestros pasillos, todos estaban prestos a responder la pregunta de cualquiera de sus estudiantes, todos simbolizan nuestra manera de ser sencilla y diáfana.

Se dice que “el tiempo lo borra todo” y me temo que dicha afirmación, en este caso, no es cierta. Sin haber tenido el honor de ser familiar de alguno de los ausentes, pero sí alumno de varios de entre ellos, recuerdo con horror las fatídicas horas en las que la estupidez prevaleció sobre la inteligencia, en las que el Estado colombiano produjo uno de sus más erráticos comportamientos en toda su historia, en los que la barbarie demencial y descontrolada se llevó a lo más selecto de nuestra juridicidad, en las que se nos produjo rabia y desolación.

(...)

¿Qué está ocurriendo?, nos preguntábamos atónitos ante las imágenes que presentaba la televisión. Las frases pronunciadas en directo por emisoras radiales de nuestro entrañable profesor Reyes Echandía, a la sazón Presidente de la Corte Suprema, en las cuales imploraba y más que ello,

exigía, como presidente de uno de los tres poderes públicos, que cesaran los ataques enloquecidos del Estado, para repeler la infortunada e inexcusable toma guerrillera del M-19, aún resuenan en nuestro ser. No lo oyeron, hicieron caso omiso a su llamado que hubiera impedido múltiples muertes, no solo de quienes a hoy les rendimos homenaje. Pudieron haberlo oído, debieron haberlo oído, pero la ceguera de mentes guerreristas, basadas en una supuesta defensa de la democracia, permitió que se llevara de un tajo, textualmente de un tajo, la sabiduría de una Corte rebelde, democrática, defensora de los derechos ciudadanos. Quizás fue una valoración que se tuvo en cuenta para enterrarla o por lo menos para no hacer el máximo esfuerzo para que no desapareciera. Basta leer sus sentencias sobre la justicia penal militar. La altivez con la que habló su presidente representó a la justicia con excelsa dignidad. La serenidad y ecuanimidad del tono de su voz, en medio del estrepitoso combate que llevó al holocausto, quedarán por siempre grabadas en nuestra memoria. Representaron esas frases y la forma en las que fueron dichas, la dignidad de una justicia doblegada, inerme y desamparada, por los militaristas que tuvieron la desfachatez de no valorar lo que en el edificio en destrucción se encontraba.

No olvidaré que, habiendo almorzado el 5 de noviembre de 1985 con mi admirado profesor Medellín y con el rector Hinestrosa, viajé a París y casi sin haber aún aterrizado varias personas me preguntaron qué estaba ocurriendo en Colombia. No lo sabía y al enterarme me dirigí de inmediato al apartamento de mis amigos Carlos Eduardo y Jorge Alejandro Medellín, para ver, abriendo el noticiero francés TF1, la horrible imagen del tanque militar entrando enloquecido a Palacio. Estábamos perplejos, silenciosos, con lágrimas en los ojos porque presumíamos, sin decírnoslo, lo peor.

Queridos familiares, querida comunidad externadista: han pasado treinta años. Treinta largos y difíciles años. Uno tras otro han engrandecido la memoria de quienes abrupta e injustamente, contra su voluntad, nos dejaron. En nuestra universidad fueron velados sus despojos, en nuestra universidad se sintió la pesadumbre ante la inesperada tragedia, gracias a la amabilidad y al sentimiento de todos sus familiares que autorizaron la

traída de los restos a ésta, su segunda casa. Aquí se honró a nuestros ejemplares ciudadanos, a nuestros maestros. Aquí se les brindó el homenaje que merecieron. Aquí nos permitieron vivir el sentimiento externadista y por ello agradezco nuevamente ese gesto espontáneo de hace treinta años. Ahora quiero decirles, como rector de esta casa de estudios, que su sacrificio no ha sido en vano, aunque no sea ni justificable ni comprensible. El estremecimiento que sufrieron y siguen sufriendo ustedes, también lo fue para la universidad que aún percibe las consecuencias de aquellos difíciles días. ¡Cuánto se daría por lograr echar el tiempo atrás! Esta universidad, con la presencia de los ausentes, hubiera sido aún más sólida de lo que hoy es. Pero de una cosa hemos de tener certeza y para ello recuerdo al rector Hinestrosa en el discurso que profirió frente a los féretros:

“Estremecidos recogemos esas definiciones y criterios –en clara referencia a su humanismo, a sus aportes académicos y jurisprudenciales-, porque en ellos encontramos, removiendo las cenizas de los magistrados inmolados, un rescoldo de esperanza, un imperativo de conducta individual y colectiva, a perseverar obsesiva, paciente, pertinazmente en la creencia de la bondad del ser humano, en la posibilidad de que Colombia sea patria para todos sus hijos, en la realización de los idearios de entendimiento, de fraternidad, de dignidad de la vida”.

Gracias maestros ausentes por haber existido, gracias por su legado. Gracias porque ese legado sigue presente por la memoria imborrable que se encuentra estampada en la historia de nuestra universidad. Aquí, para siempre, los recordaremos.

Muchas gracias.